

LA QUINTA COLUMNA DE LA *YIHAD* EN OCCIDENTE

Por Serge Trifkovic

Traducción de Jesús M. Sáez

Original en: <http://www.frontpagemag.com/Articles/ReadArticle.asp?ID=5238>

FrontPageMagazine.com, 7 de enero de 2003

EL ISLAM es hoy la religión que más deprisa crece en Occidente, y casi 20 millones de habitantes de la Unión Europea se confiesan musulmanes. Si la tendencia continúa, hacia 2020 los musulmanes serán el 10 por ciento de la población total de Europa, y pasarán de los diez millones en EE.UU. Esta población está aumentando por la inmigración y la elevada tasa de natalidad que supera ampliamente la de la población indígena.

Lo que ahora sucede no se parece a la ola de inmigración a EE.UU. que tuvo lugar en las décadas de 1880 y 90. Ésta no fue clandestina, y no se basó en el presunto derecho de los recién llegados a presionar a los ciudadanos de EE.UU. a someterse a su religión y a matarlos si se negaban a hacerlo.

Nunca ha habido ninguna ley de ningún parlamento occidental que invitara, menos aún rogara a los inmigrantes ilegales musulmanes a que vinieran.

«Lo que ocurrió no fue una inmigración, fue algo más parecido a una invasión llevada a cabo bajo el signo del secreto –secreto que es perturbador porque no es dócil ni doloroso, sino arrogante y protegido por el cinismo de los políticos que cierran un ojo o quizá los dos».

La mayoría de los emigrantes musulmanes al principio esperaban pasar sólo un breve periodo de sus vidas en el Occidente desarrollado. La antigua aversión a vivir entre infieles fue vencida por el incentivo de las oportunidades económicas. En 30 años, la población musulmana de Gran Bretaña pasó de 82.000 a 2 millones. En Alemania hay cuatro millones de musulmanes, la mayoría turcos, y más de cinco millones en Francia, la mayoría norteafricanos. Hay un millón de musulmanes en Italia y otro en Holanda, y medio millón en España.

Casi un diez por ciento de los niños nacidos en la UE son musulmanes. Con las cifras en aumento y la creación de barrios musulmanes en las ciudades occidenta-

les, sobre todo europeas, la disociación inicial de la cultura del territorio ha sido invertida y la audaz noción de conquista por medios demográficos más que militares ha calado en las intenciones de los activistas. El proyecto inicialmente fue desarrollado hace más de veinte años, en 1981, cuando la tercera cumbre de la CONFERENCIA ISLÁMICA DE LA CAABA adoptó la «Declaración de La Meca». Proclamaba:

«Hemos resuelto llevar a cabo la *yihad* con todos los medios a nuestra disposición para liberar nuestro territorio de la ocupación.

«Declaramos que la opresión sufrida por las minorías y comunidades musulmanas en muchos países es un ultraje sangrante de los derechos y dignidad del hombre. Llamamos a todos los estados en los que hay minorías islámicas a facilitarles una completa libertad.

«Estamos convencidos de la necesidad de propagar los preceptos del Islam y su influencia cultural en las sociedades musulmanas y por todo el mundo».

En las dos décadas siguientes, cada semana se abría una nueva mezquita en algún lugar de Occidente. Por lo que concernía a los radicales de La Meca, esto no significaba que los musulmanes de esos países no estuvieran, sin embargo, «oprimidos». En el Islam, las minorías musulmanas son oprimidas mientras no se rijan por la *sharia*, la ley islámica, que es la única posible «libertad completa». Los firmantes de esta Declaración oprimían abiertamente a las comunidades no musulmanas de sus propios países, o les impedían absolutamente que se establecieran.

El número de musulmanes de EE.UU. ha aumentado tres veces desde la Declaración de La Meca, hasta unos tres millones. (Podemos ignorar, por ahora, las suposiciones exageradas de seis, siete o incluso diez millones,

hechas por varios activistas islámicos.) Ese número aumenta, sobre todo por la inmigración más que por la conversión. Ya en el primer ataque contra las Torres Gemelas de 1993, era evidente que el Islam combatiente tenía una firme base entre la diáspora musulmana en EE.UU. Esa base ha aumentado en número, poder y confianza política en la siguiente década.

Sin embargo, durante años el gobierno norteamericano ha sido inexplicablemente descuidado al permitir la entrada no sólo de cientos de miles de inmigrantes musulmanes –muchos de ellos de países considerados peligrosos o abiertamente enemigos de los intereses norteamericanos– sino también de defensores y propagandistas del Islam radical, o agentes de regímenes y organizaciones terroristas. Permitió a muchos terroristas y a sus colaboradores entrar en EE.UU. con visados de estudiantes obtenidos fraudulentamente que disimulaban su verdadero propósito. Otros van y vienen para breves periodos, incluidos clérigos y líderes de grupos islamistas radicales que vienen para dar conferencias organizadas por grupos radicales de EE.UU. pero cuyo verdadero propósito es reclutar a nuevos miembros, recoger fondos, coordinar estrategias con otros líderes radicales, adoctrinar a nuevos «soldados de infantería» e incluso participar en sesiones de adiestramiento.

Una década y varios miles de vidas norteamericanas más tarde, el presidente Bush repitió la desastrosa fórmula durante una visita a una mezquita el 17 de septiembre:

«EE.UU. cuenta con millones de musulmanes entre nuestros ciudadanos y los musulmanes hacen una valiosísima contribución a nuestro país».

Dos días después añadió:

«Hay millones de buenos norteamericanos que practican la religión musulmana y que aman a su país tanto como yo, que saludan a la bandera con tanta efusión como yo».

Quizá Mr. Bush debería ver la popular película iraní «No sin mi hija», en que un «papá» inmigrante asegura a su hija pequeña que es tan norteamericano como el pastel de manzana, pero que podría volver en cualquier momento a ser un musulmán tan estricto como un ayatollah. El señor Bush quiere creer la ilusión occidental de que todos los seres humanos son esencialmente

consumidores –sumisos, materialistas, superficiales en lo religioso y listos a ser llevados a la cooperación política mediante el sistema de subsidios que es el moderno estado liberal– un plan desmentido por casi toda la historia humana anterior a las dos últimas generaciones de occidentales.

Las consecuencias de este engaño han sido graves. A comienzos de 2000, EE.UU. y Canadá se han convertido en refugio de una amplia variedad de grupos terroristas internacionales y nacionales islámicos, que son la principal amenaza del terrorismo internacional en territorio norteamericano. Han realizado recogidas de fondos, centros de operaciones políticas, reclutamiento militar y a veces incluso centros de mando y control. Han actuado en EE.UU. todos los grupos terroristas islámicos, como Hamas, Hezbollah, el G.I.A. argelino, Al-Yamaat al-Islamiya egipcio, la *Yihad* Islámica Palestina, el Partido Islámico de Liberación, el PKK kurdo y Al-Qaeda. Todos comparten el punto de vista proclamado abiertamente por Siddiq Ibrahim Siddiq Ali, uno de los sospechosos del primer atentado contra el World Trade Center, durante su interrogatorio por el F.B.I.:

«Por supuesto, no olvidar que Dios dijo en el Corán, en épocas como ésta, que al musulmán todo le está permitido, su dinero, sus mujeres, sus privilegios, todo... Los infieles deben ser muertos... y el musulmán cuando muere, es la vía al paraíso. Es un mártir. Un musulmán nunca irá al infierno por matar a un infiel».

La pauta fue establecida en la década precedente, y tiene su modelo en el *tawbid* –la conquista musulmana de Arabia– y el *fatah*, las primeras conquistas musulmanas.

Entonces se difundió el concepto de *al-taqiya*, «esquivar la amenaza». Animaba a los musulmanes a usar tretas para derrotar al enemigo. Se les ordenó que se infiltraran en las ciudades del enemigo y que plantaran las semillas de la discordia y la sedición. La *taqiya* [disimulo¹] de nuestra época se refleja en los intentos de los activistas musulmanes de Occidente para presentar el Islam rebosante de tolerancia y paz, fe y caridad, igualdad y fraternidad. Los «incomprendidos musulmanes»

¹ Nota del traductor.

nos dicen que la *yihad* es en realidad el «esfuerzo por Allah» y la «lucha interior». Citan los versos mecánicos abrogados y silencian los posteriores, los medineses. Mienten.

Ismail Al-Faruqi, inmigrante palestino que fundó el INSTITUTO INTERNACIONAL DE PENSAMIENTO ISLÁMICO y enseñó durante muchos años en la Universidad Temple de Filadelfia, fue también el primer teórico contemporáneo del califato islámico en EE.UU. Declaró en 1983 que «nada podría ser más grande que el hecho de que este continente joven, vigoroso y rico se apartara de su antiguo mal y avanzara bajo el estandarte de Allahu Akbar». En diciembre de 1989 se reunieron en Chicago algunos líderes extremistas, como Bashir Nafi, el fundador de la *Yihad* Islámica, y Abdul Aziz Odeh, su líder espiritual.

Después de reunirse con el famoso «hereje» musulmán Louis Farrakhan en 1996, el presidente libio Muammar Gaddafi dijo:

«Estamos acostumbrados a enfrentarnos a EE.UU. como a un bastión desde fuera. Ahora estamos descubriendo una brecha para penetrar en el país y enfrentarnos desde dentro».

Cuando el líder de la Nación del Islam visitó Irán en el aniversario de la revolución fundamentalista, declaró:

«Dios destruirá EE.UU. por obra de los musulmanes. Dios no dará este honor al Japón ni a Europa. Es un honor que reservará a los musulmanes».

Un año después en Harlem, Farrakhan declaró:

«La pena de muerte ha sido decretada contra EE.UU. El juicio de Dios se ha hecho y EE.UU. debe ser destruido».

Los visitantes que llegan con visados emitidos por las embajadas y los consulados norteamericanos son tan belicosos como los musulmanes radicales residentes. Ahmad Nawfal, un jordano que hablaba frecuentemente en las reuniones islámicas, por todo EE.UU. en los años 90, fue aplaudido por decir que EE.UU. «no tiene pensamiento, ni valores ni ideales» y por declarar que si los musulmanes se levantan, «será muy fácil para nosotros dirigir el mundo otra vez». En junio de 1991, la llamada inocuamente ASOCIACIÓN UNIDA DE ESTU-

DIOS E INVESTIGACIÓN [*United Association for Studies and Research*] con sede en Virginia y dirigida por Musa Abu Marzook, uno de los tres altos mandos de Hamas, copatrocinó una de las mayores asambleas de radicales islamistas que ha tenido lugar en EE.UU. Allí estaban Kamal Hilbawi, jefe de la Hermandad Musulmana de Egipto, que defendía abiertamente los ataques terroristas. Bassam Al-Amoush, alto jefe panislamista y miembro del parlamento jordano, que utilizó una retórica similar en Chicago en 1994, se entrevistó en el Departamento de Estado y en Capitol Hill –cortesía del CONSEJO DE RELACIONES ISLAMO-AMERICANAS [*Council on American-Islamic Relations*].

La lista continúa y justifica las conclusiones de un testigo de la Cámara de Representantes que investigaba el terrorismo y la inmigración en enero de 2000:

«Como el agua busca su propio nivel, los terroristas acudirán a aquellas zonas que les ofrezcan la mayor libertad de maniobra. Si no son asfixiados y detenidos en los diversos puntos de entrada – que van desde la concesión del visado en el extranjero hasta los cientos de pasos fronterizos sin vigilancia entre Canadá y EE.UU.–, los terroristas seguirán viniendo a EE.UU.»

La impertinente verdad es que las mezquitas de todo EE.UU. y el mundo occidental están siendo utilizadas para enseñar el odio. En primer lugar inculcan, en las vidas cotidianas de los inmigrantes, la forma más ostensible de religiosidad islámica, la que se centra en el ritual y la práctica islámicos.

Los musulmanes radicales dominan la vida islámica en EE.UU., hasta el punto que los moderados, si existen, apenas tienen voz. Controlan todas las organizaciones musulmanas importantes, incluidas la ASOCIACIÓN ISLÁMICA POR PALESTINA, el CÍRCULO ISLÁMICO DE NORTEAMÉRICA, el COMITÉ ISLÁMICO POR PALESTINA, la SOCIEDAD ISLÁMICA PARA NORTEAMÉRICA, la ASOCIACIÓN DE LA JUVENTUD ÁRABE MUSULMANA, el CONSEJO MUSULMÁN DE ASUNTOS PÚBLICOS y la ASOCIACIÓN DE ESTUDIANTES MUSULMANES. También controlan una mayoría creciente de mezquitas, de semanarios y de organizaciones sociales.

Han sido fundadas por iraníes, libios y saudíes que han ayudado durante años a los grupos más extremistas.

Los moderados existen, pero tienden a salir al mundo y a evitar enfrentamientos con los fanáticos «líderes de la comunidad». Los grupos islamistas descubrieron que podían manipular al público y a los políticos americanos ocultándose bajo «organizaciones religiosas de ayuda» sin ánimo de lucro, autodefinidas como paraguas religiosos y bajo el eslogan políticamente correcto de los derechos humanos. Sus amigos y aliados han conseguido incluso alistarse en las fuerzas armadas de EE.UU., y continúan sus actividades subversivas no sólo desde el interior de EE.UU. sino también desde dentro de su organización militar. La corrupción atrae a la corrupción: los líderes musulmanes son cortejados por los políticos –sobre todo por los demócratas– que no son más remilgados con su clientela que los ejecutivos de Unocal. Al menos en dos ocasiones Hillary Clinton participó en recepciones organizadas por el CONSEJO MUSULMÁN DE ASUNTOS PÚBLICOS [*Moslem Public Affairs Council*], grupo que ha apoyado las actividades de Hamas, el fundamentalista PARTIDO DEL BIENESTAR de Turquía y la HERMANDAD MUSULMANA. Sus directivos han defendido a Hizbollah, a la vez que insistían públicamente que condenaban el terrorismo. Recaudan miles de dólares al año, en buena parte me-

dante 501-c-3s, y mucho de ese dinero es canalizado a grupos islámicos radicales de fuera del país. La señora Clinton tuvo que devolver 50.000 dólares recibidos de MPAC – peligraba el voto judío de Nueva York– pero justificó sus contactos declarando que estaba intentando «impulsar un marco para la paz», que incluía «líneas de comunicación con muchos grupos diferentes y muchos individuos diferentes».

Quizá ésta es la manera postmoderna de expresar la vieja ilusión de que en un mundo peligroso, se puede ser amigo de cualquiera con tal de cultivar las buenas intenciones.

Serge Trifkovic se doctoró en Filosofía por la Universidad de Southampton en Inglaterra y continuó su investigación postdoctoral en la Hoover Institution de Stanford. Ha colaborado periódicamente con BBC, World Service, Voice of America, CNN International, MSNBC, U.S. News & World Report, The Washington Times, the Philadelphia Inquirer, The Times of London, and the Cleveland Plain Dealer. Es editor de asuntos extranjeros de Chronicles.